

# Eucaristía eclesial e Iglesia eucarística según la teología de F.-X. Durrwell

por José María Cantó S.I.

Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel

Este es el tercer y último artículo que publicamos sobre la teología del P. François-Xavier Durrwell, C.Ss.R, el gran teólogo del misterio pascual y de la resurrección de Cristo. En los dos primeros trabajos tomamos como eje central el misterio pascual, su expansión y plenitud, para profundizar desde ahí la relación entre la Eucaristía y la Iglesia.<sup>1</sup> Ahora vamos a retomar más en particular el pensamiento de nuestro autor sobre la Eucaristía en sus tres dimensiones constitutivas, para rescatar aquellos aspectos en que se refleja mejor su carácter eclesial. Y en segundo lugar, aquellos puntos de la teología de la Iglesia que nos permiten llamarla, con Durrwell, “Iglesia eucarística”.<sup>2</sup> Con la idea de completar aquellos elementos que todavía no habíamos tenido en cuenta o subrayar aquellos que nos parecen más significativos.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> J. M. CANTÓ, “Eucaristía e Iglesia en el misterio pascual según la teología de F.-X. DURRWELL”, *Stromata* LXVI 1/2 (2010), 151-173 y “Expansión y plenitud del misterio pascual según la teología de F.-X. DURRWELL”, *Stromata* LXVII 1/2 (2011), págs. 39-59.

<sup>2</sup> “Haciendo la Eucaristía la iglesia se realiza a sí misma; el misterio pascual en su celebración terrenal es el mismo que el de la iglesia”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, Salamanca, Sígueme, <sup>2</sup>1986, 134 (Traducción de: *L'eucharistie, sacrement pascal*, Ed. du Cerf, 1980). El tema es desarrollado ampliamente en la obra en dos capítulos: el cap. 5, “La Iglesia eucarística”, y el cap. 6, “El magisterio eucarístico”.

<sup>3</sup> Vamos a seguir, además del libro citado en la nota anterior, la última obra publicada por DURRWELL: *Cristo nuestra Pascua*, Madrid, Bogotá, Buenos Aires, Ciudad Nueva, 2003 (Traducción de: *Christ notre pâque*, Nouvelle Cité, 2001).

## 1. Dimensiones de la Eucaristía y sus características eclesiales

Hasta aquí hemos tratado de la Eucaristía desde diversos ángulos: Veámos su origen en el misterio pascual, como sacramento de la presencia de la resurrección y cómo se encuentra también allí una explicación de la transformación eucarística, hasta donde el misterio se deja explicar. Una transformación, por lo demás, analógica a la que realiza el Señor en sus fieles, incorporándolos a su propio cuerpo eclesial. Luego, considerando sobre todo la dimensión parusíaca de la resurrección, se nos presentaba como el sacramento en que Cristo se nos hace presente hoy, en la perenne actualidad de su muerte y resurrección, para que celebrando el banquete y el sacrificio, entremos en comunión con El, con nuestros hermanos y con toda la creación. En ella tenemos el anticipo de la pascua eterna, que adelanta a la Iglesia su realidad futura y el triunfo al que está llamada. Finalmente veámos su relación con el apostolado de la Iglesia, que ella nace, se alimenta, y encuentra su culminación en el final de la vida terrena y el paso a la gran fiesta del cielo.

Vamos a profundizar ahora las tres dimensiones de la Eucaristía: presencia de Cristo, sacrificio y comunión. Que sólo se comprenden en el Cristo pascual. “La Eucaristía es la pascua de Cristo en virtud de la presencia, ya que Cristo es personalmente la pascua en su actualidad. Es la presencia en virtud de esta pascua, ya que es en su muerte gloriosa como Cristo es parusíaco. Y es finalmente una comunión, porque es la presencia pascual, la de un Cristo en entrega de sí mismo”.<sup>4</sup> Por eso, aunque las vemos por separado por necesidad de método, están íntimamente unidas en el misterio pascual. En cada uno de estos aspectos señalaremos sus características eclesiales.

### 1.1. Sacramento de la presencia en la Iglesia

La Eucaristía se comprende ante todo desde la presencia. Se trata de una presencia que viene, parusíaca, pero que es a la vez real, corporal. De modo que en ella somos hechos cuerpo de Cristo. “El pan es el cuerpo, la iglesia se hace cuerpo; nos encontramos en pleno realismo de presencia y de comunión”.<sup>5</sup> Es el Señor que resucita bajo diversas formas: como Eucaristía y como asamblea de fieles. “Las fronteras del reino quedan delimitadas por la presencia. Como la Eucaristía es el sacramento de la parusía, es ella la que traza en el mundo ese espacio abierto al reino que se llama la iglesia”.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 72.

<sup>5</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 41.

<sup>6</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 48.

Los distintos datos confluyen en la afirmación de la presencia escatológica de Cristo en la Eucaristía: Es la venida final, la plenitud futura que se nos hace actual, pero que sólo podemos reconocer con ojos de fe.<sup>7</sup> “La Eucaristía... es ante todo la venida personal de Jesús en su comunidad, su resurrección visible en su Iglesia, para que la Iglesia pueda entrar en comunión con él que es el evento de la salvación”.<sup>8</sup> No se trata tampoco de una presencia posterior a la resurrección, pues el Señor es eterno en su misma resurrección. De este modo, así como sus apariciones marcaron el inicio de la Iglesia, hoy también, su venida y presencia eucarística sigue constituyendo la comunidad de sus fieles.<sup>9</sup>

El Señor resucitado está presente entonces en su cuerpo. La Eucaristía -y la iglesia- son el cuerpo entregado, son presencia de Cristo sacrificado y resucitado corporalmente en el Espíritu Santo. Aquí se encuentra una forma de explicar la transformación del pan y el vino: “El asume en su cuerpo el pan y el vino, a fin de aparecer en la visibilidad de este mundo”.<sup>10</sup> Y esta aparición la realiza tanto en su cuerpo sacramental, como en la comunidad.

La Eucaristía es un pan espiritual (1 Cor 10, 4), es el sacramento de la presencia totalmente personal, totalmente relacional, ya que es la de Cristo en su resurrección que lo personaliza enteramente. También en este sentido la Eucaristía es una presencia-que- viene, ya que se junta y abre al otro, se entrega a él y lo acoge. «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él... Lo mismo que yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 56s). La presencia sacramental no pone límites a la entrega de sí mismo, aunque esté localizada en razón del símbolo, ya que el pan y el vino no existen más que para ser consumidos; concurren a realizar la entrega de sí mismo de Cristo y proclaman que esa entrega es total.<sup>11</sup>

<sup>7</sup> “Así es la presencia eucarística. Es la venida final en nuestro tiempo, la plenitud futura que se asoma en la superficie del mundo actual. Ese pan es escatológico, un alimento que sacia y que suscita el deseo. Sólo la fe puede percibir esa presencia, ya que su mirada es profética, capaz de percibir a través de la visibilidad de las cosas la realidad del mundo futuro” (F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 50).

<sup>8</sup> F.-X. DURRWELL, “L'eucaristia, sacramento della presenza”, *Ora et labora*, 39, (1984), 55.

<sup>9</sup> “Tutti noi, dunque, beneficiamo delle apparizioni del Risorto. Quando la Chiesa doveva essere fondata, Gesù manifestava la sua risurrezione in maniera straordinaria. Oggi che la Chiesa è costituita, Cristo appare nel sacramento che è la Chiesa e nel banchetto della Chiesa. Si tratta sempre della manifestazione di Cristo nella sua unica risurrezione” (F.-X. DURRWELL, “L'eucaristia, sacramento della presenza”, 57).

<sup>10</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 52.

<sup>11</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 53.

Se trata, entonces, de una presencia dinámica, don de sí y santificación. “Cristo está presente en la potencia salvífica de su resurrección salvífica; su aparición eucarística es fuente de fe, funda la Iglesia, como las apariciones de Jesús a los apóstoles han sido fuente de fe y han fundado la Iglesia”.<sup>12</sup> A esta presencia responde la Iglesia con su celebración, en la cual se entra en comunión con aquél que se nos dona totalmente. La misma presencia es llamada a la comunión. “La presencia se celebra en la reciprocidad de la venida y de la acogida, en una comunión en la que Cristo introduce a la iglesia hasta tal punto en su presencia que ella misma puede convertirse en la presencia de Cristo en el mundo”.<sup>13</sup> Con lo cual se llega a la mayor comunión posible en la realidad de este mundo, porque la reciprocidad será siempre incompleta por la condición terrena de la Iglesia. Sin embargo la misma celebración ayuda a la Iglesia en su debilidad y la prepara para el encuentro último y definitivo.<sup>14</sup>

El P. Durrwell ha seguido buscando la mejor explicación teológica para el misterio de la presencia del Señor, tanto en el pan y el vino, como en la Iglesia, a partir de su misterio pascual y parusíaco.<sup>15</sup> De ese modo se puede afirmar una presencia no meramente sustancial, sino personal, como sucede en la resurrección y sin alejarse del analogado principal que está en la encarnación.<sup>16</sup> Y para eso no es suficiente hablar de un nuevo significado, se trata más bien de una acción creadora y creadora de comunión. “No presta, pues, nuevo sentido al pan y al vino en una comida; crea su sentido eucarístico, su verdad pascual y parusíaca, y realiza la unión en un solo cuerpo, el de Cristo”.<sup>17</sup> Porque

<sup>12</sup> F.-X. DURRWELL, “L'eucaristia, sacramento della presenza”, 58.

<sup>13</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 112.

<sup>14</sup> “Pero el sacramento es el lugar de una reciprocidad todavía incompleta. Porque la iglesia está todavía en parte encerrada dentro de ella misma; su condición terrena limita sus posibilidades de acogida. No puede alcanzar plenamente a aquel cuya presencia es entera y cuya donación es total. El banquete celestial es celebrado en la tierra, en la adaptación a la iglesia, con pan y vino, y encierra siempre un aspecto de imperfección. Pero gracias a esta misma comida Cristo acude en ayuda de esta debilidad y prepara la última comunión” (F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 113).

<sup>15</sup> Seguimos a partir de aquí el desarrollo de su argumentación como la presentada en el libro *Cristo nuestra Pascua*, la última de sus obras.

<sup>16</sup> “En la encarnación, la humanidad de Jesús es asumida en la divinidad sin por eso perder nada de sus riquezas humanas, mientras que el pan y el vino vendrían a ser el cuerpo y la sangre de Cristo dejando de ser pan y vino (...) La presencia de Cristo en su Pascua lo es de una persona, no solamente de una sustancia; de una persona que viene, que invita, que se da: «Tomad y comed». Como diciendo: «esto soy yo, entregado por vosotros»” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 124).

<sup>17</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 125.

su Señor no se encuentra ausente de este mundo, está presente por su encarnación, hecha ya realidad por su cumbre pascual.<sup>18</sup>

A partir de estos supuestos, la presencia de Cristo en el pan, en el vino y en la asamblea de los fieles, se puede comprender como una intensificación de esa presencia suya, en aquellas creaturas que para él fueron creadas y subsisten en él.<sup>19</sup> “No entra, pues, Cristo viniendo de fuera; está ya presente... No desciende del cielo, ni deja el lugar donde se encuentra, ni es exterior al futuro del mundo, ya que él mismo es ese futuro parusíaco: viene atrayendo hacia sí el pan, el vino, los fieles”.<sup>20</sup> Sobre todo, esta acción divina no priva de su propio ser ni al pan, ni al vino, ni a los fieles.

Porque su papel —que lo es de plenitud y de fuente— no es alterar, anular o vaciar, sino colmar, llevar las realidades de las que es fuente a un enriquecimiento de ser, a su más auténtica verdad. Pan y vino se convierten así en «el verdadero alimento», en la «verdadera bebida» (Jn 6, 55). Quien de ellos se sirve no morirá (Jn 6, 50), pone en marcha la vida de la resurrección (Jn 6, 58). Sin dejar de ser «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», este pan se ha convertido en «pan de vida» eterna. (...) El pan material o terreno se convierte en *pan escatológico*, en comida de comunión celeste con Cristo muerto y resucitado. Así como el cuerpo de un hombre es visibilidad de su persona, así también el pan consagrado que se convierte en cuerpo eucarístico de Cristo es visibilidad de su presencia en la Iglesia peregrina, a fin de que ya en la tierra tenga sus raíces en la plenitud celeste.<sup>21</sup>

Nos encontramos nuevamente con estos dos misterios, el de la Eucaristía y la Iglesia, íntimamente relacionados. Ambos son llamados cuerpo de Cristo.<sup>22</sup> Ambos constituyen también la “Nueva *Diathéke*”,

<sup>18</sup> “Está presente en el mundo como su Alpha y su Omega. En cuanto tal, Cristo actúa en el mundo con el poder del Espíritu por el que es Señor, con «poder para sometérsele todo» (Fil 3, 21)” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 125-126).

<sup>19</sup> “Cuando quiere él acentuar su presencia en el mundo, cuando, concretamente, del pan y del vino y de la asamblea de los fieles quiere él hacer sacramentos de una presencia más intensa, incluso total, actúa intensificando dicha presencia en sus criaturas, que ya en él y para él fueron creadas y en él subsisten. *Se sirve más aún de lo que ya le pertenece, creando más imperativamente hacia él tales realidades*” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 126). Las cursivas en el original.

<sup>20</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 126.

<sup>21</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 126-127.

<sup>22</sup> “También la Iglesia es «cuerpo de Cristo» (cf. Ef 1, 23), sacramento de la presencia pascual. Es evidente su similitud con la Eucaristía. Y los primeros siglos no dejaron de prestar gran atención a dicha similitud.” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 127).

que nuestro autor traduce “institución”; en ambos resucita Jesús en forma visible. Y sobre todo, porque así como el Señor nos hace su cuerpo sin destruir nuestra propia humanidad, así también consagra el pan y el vino “escatologizándolos”, no destruyendo, sino llevando a plenitud su misma condición de alimento.<sup>23</sup>

Una última dimensión de la presencia es la que la hace el gran sacramento de la oración de la Iglesia.<sup>24</sup> La Eucaristía hace de los cristianos asamblea de oración. Porque el Cristo pascual es toda oración, así está presente en la Eucaristía, y así viene al encuentro de la Iglesia. “El es la Palabra dirigida a la Iglesia; nosotros entramos en diálogo escuchándolo, recibiendo la Palabra. Su presencia es siempre donación; nosotros adoramos recibiendo”.<sup>25</sup> El encuentro con esta presencia es personal, un diálogo que es más bien contemplación en actitud de escucha y comunión. Y que encuentra su lugar especial en la oración de acción de gracias después de la comunión, y así ésta se convierte entonces en fuente principal de actividad apostólica para la Iglesia, pues es ahí donde los fieles se hacen partícipes íntimos del misterio de salvación.<sup>26</sup>

### 1.2. Sacramento de la muerte redentora

El segundo aspecto de la Eucaristía que debemos considerar es su dimensión sacrificial. “La Eucaristía es el símbolo real del sacrificio, lo mismo que de la presencia, ya que se trata de un cuerpo entregado y de una sangre derramada”.<sup>27</sup> Cristo se hace presente a la comunidad en la actualidad de su sacrificio. Desde su plenitud escatológica se asoma a

<sup>23</sup> “Dios hace a los hombres cuerpo de Cristo llamándolos en Cristo a una nueva relación con él, haciéndoles subsistir más y más en él «en quien y para quien» fueron creados. No se les despoja de su primera humanidad, no se altera ningún valor humano, pero todo queda superelevado, consagrado en una nueva y más inmediata relación con Cristo. Desde ese momento los hombres son «en Cristo» (cf. 1 Cor 1, 30); Cristo vive en Pablo sin que Pablo deje de ser él mismo: «Cristo vive en mí... Yo vivo en la fe del Hijo de Dios» (Gal 2, 20). Dígase lo propio del pan y del vino: son consagrados en una inmediata relación con Cristo en su Pascua y totalmente «escatologizados».” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 128).

<sup>24</sup> “Puesto que la Eucaristía es, en la permanencia, eficacia de comunión, puesto que es una presencia que viene a nosotros y se comunica a nosotros, ella es el gran sacramento de la oración de la Iglesia.” (F.-X. DURRWELL, “L'eucaristia, sacramento della presenza”, 62).

<sup>25</sup> F.-X. DURRWELL, “L'eucaristia, sacramento della presenza”, 64.

<sup>26</sup> “L'azione di grazie dopo la comunione è anche il momento privilegiato dell'attività apostolica della Chiesa.(...) Il fedele raggiunge Cristo nella sua morte per tutti e nella comunione alla potenza della sua risurrezione, ed entra così nella partecipazione al mistero della salvezza” (F.-X. DURRWELL, “L'eucaristia, sacramento della presenza”, 66).

<sup>27</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 54.

nuestro espacio para asumir a la Iglesia en la comunión con su misterio pascual. Y esto significa hacerle compartir su muerte y su nuevo nacimiento, de modo que pueda comulgar con el acontecimiento de salvación.<sup>28</sup> La Iglesia se encuentra con Cristo en su muerte, punto culminante de su vida, y ahí entra en comunión con toda su existencia humana, en el instante de la plenitud pascual cuando toda su vida queda concentrada y superada.

Como sacrificio, la Eucaristía incluye la acción de toda la Trinidad. “Cristo no es el único que está en juego; también el Padre está implicado en el misterio del Hijo en su pascua, así como el Espíritu. La Eucaristía es un misterio trinitario”.<sup>29</sup> Porque en el misterio pascual, como veíamos en la primera parte, participan también el Padre y el Espíritu, del mismo modo las tres personas de la Trinidad participan en la celebración del sacrificio, según la función que a cada uno corresponde en la pascua de Cristo. “Juntos hacen presente en la iglesia a la pascua eterna: el Padre, resucitando a su Hijo en la visibilidad de las realidades terrenas, el pan, el vino, la asamblea; Cristo, sometidoselas por el poder de su resurrección; el Espíritu santo «santificándolas» por su incorporación a Cristo”.<sup>30</sup> La comunidad participa así del drama de amor y comulga con el misterio trinitario.<sup>31</sup>

Para comprender el papel que le corresponde a la iglesia en el sacrificio es preciso tener ante la vista dos verdades: no hay más que un solo sacrificio cristiano y éste es estrictamente personal. Puesto que el sacrificio es único, el de Cristo, el papel de la iglesia al celebrarlo consiste en comulgar de él. Puesto que el sacrificio es personal, el sacrificio de Cristo en su muerte en la que ha sido glorificado, la iglesia no puede celebrarlo más que asociándose a Cristo en esta muerte glorificante. Celebra el sacrificio recibiendo y participando en él.<sup>32</sup>

<sup>28</sup> “En su misterio pascual Cristo es la cima profunda, escatológica, del mundo y he aquí que ahora se asoma en nuestro espacio y en nuestro tiempo para asumir a la iglesia en la comunión de su cuerpo y de su sacrificio; para que ella sufra la ósmosis del misterio pascual, compartiendo la misma suerte y el mismo nacimiento filial; para que ella comulgue de la salvación en su acontecimiento. La Eucaristía cristiana es la transpartencia del misterio pascual en las realidades de este mundo, la vitrina de la escatología en la vida terrena de la iglesia, la presencia pascual y su revelación velada” (F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 59).

<sup>29</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 63.

<sup>30</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 64.

<sup>31</sup> “El drama celestial del amor se representa ahora en medio de la asamblea para que ella entre en el mismo; el cáliz del misterio trinitario está a disposición de la iglesia, para la comunión” (F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 64).

<sup>32</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 120.

La Iglesia celebra este misterio abriéndose a él. Por eso ofrece el sacrificio recibiendo, dejando que el único sacrificio la alcance.<sup>33</sup> Ciertamente la Iglesia no tiene nada mejor que ofrecer que el sacrificio que ella ha recibido. Y por otra parte, como la estructura fundamental de la Eucaristía es el banquete, la forma de participar es comulgando, uniéndose al sacrificio pascual que se le hace presente. La Iglesia recibe a Cristo que se le entrega en su único sacrificio. “Se deja aprehender por Cristo en su parusia eucarística; se deja asumir en el sacrificio redentor. Participa, pues, acogiendo, y celebra en identificadora concelebración con el mismo Cristo Jesús”.<sup>34</sup> Y al recibirlo se hace cuerpo de Cristo, que salvada por él participa de la salvación del mundo.<sup>35</sup>

El otro modo en que la Iglesia celebra el sacrificio es participando en él. Y esto es así porque el sacrificio de Jesús es estrictamente personal. “El sacrificio cristiano es Jesús en persona, entregado a Dios en su muerte y santificado en la gloria del Padre”.<sup>36</sup> Pero entonces, ¿Quién puede ofrecer el sacrificio cristiano? La respuesta es nadie, fuera de Cristo en su muerte. Sólo que en esa muerte Cristo se ha convertido en un ser totalmente abierto que se comunica a sí mismo. Y entonces, si los hombres se dejan asumir en él por la gracia del Espíritu Santo, comparten con él la muerte en la cual Dios también lo glorifica. “La iglesia celebra el sacrificio de Cristo por una concelebración comunicante, identificante, en la que ella se compromete en un mismo morir con Cristo y nace con él en su propio nacimiento. El misterio personal de Cristo se convierte así en el de la iglesia”.<sup>37</sup> Por lo tanto es necesario no recaer en los ritos impersonales: Los sacramentos deben ser celebrados, pero como participación en la liturgia que el mismo Hijo de Dios celebra desde la plenitud escatológica.<sup>38</sup>

<sup>33</sup> “[La Iglesia] lo ofrece, recibiendo: «Tomad y comed» (Mt 26, 26): ésta es la ley fundamental de la celebración eucarística. Cristo viene, y la Iglesia lo acoge. Y Cristo viene en su sacrificio, y en su sacrificio lo acoge la Iglesia” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 122).

<sup>34</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 122.

<sup>35</sup> “La Eucaristía es el cuerpo de Cristo en su acto redentor y dándose a la Iglesia para que ésta llegue a ser lo que recibe: cuerpo de Cristo en acto redentor. Así es como, en y con Cristo salvada, participa también la Iglesia en la salvación del mundo” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 123).

<sup>36</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 122.

<sup>37</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 123.

<sup>38</sup> “Tal es la grandeza de la liturgia cristiana: es celebrada por el Hijo de Dios en la cumbre escatológica de la historia de la salvación y por todos aquellos que se dejan, ellos mismos y su vida entera, asumir en esta plenitud” (F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 124).

### 1.3. Sacramento de la comunión

El misterio pascual, del cual la Eucaristía es sacramento, es misterio de comunión, por lo tanto se explica que la celebración de la presencia y del sacrificio se lleve a cabo bajo la forma de un banquete de comunión. Podemos recordar aquí que el banquete era una imagen del reino de Dios, pero como el reino se hace presente en el misterio personal de Jesús, se entra a participar del festín entrando en comunión con la pascua de Jesús. Por eso es nuevamente en el Misterio de salvación que se encuentra la explicación de la Eucaristía como comunión.<sup>39</sup>

Una comunión, por lo demás, que no es posterior al sacrificio, está incluida en él. De modo que al celebrar la Eucaristía, la Iglesia entra en comunión con el mismo sacrificio de Jesús. “La Eucaristía es la presencia del sacrificio pascual en su actualidad; la iglesia se une con su Señor en el acontecimiento salvífico participando de su muerte (cf. Rom 6, 3) y de su resurrección (cf. Col 2, 12). Comulga del sacrificio celebrándolo junto con Cristo”.<sup>40</sup> Y esta afirmación impide que separemos la Eucaristía-sacrificio de la Eucaristía-banquete, pero además nos indica que el cristiano sólo celebra el sacrificio comulgando en él, con la exigencia consiguiente para su vida: Sólo podrá gozar del sacrificio de Jesús si es capaz de participar en él.

La comunión a la cual está llamada la Iglesia es una comunión escatológica. “La Eucaristía es el mundo futuro que se introduce en la iglesia para que la iglesia penetre en él”.<sup>41</sup> Si bien es cierto que la escatología se infiltra en el mundo a través de todos los sacramentos, es en la Eucaristía sobre todo donde la comunidad cristiana se pone en contacto con el fin de los tiempos. Por algo su celebración lleva el mismo nombre que la parusia: Día del Señor. Así la Eucaristía se hace sacramento de la venida prometida, y por tanto de juicio, de condena y sobre todo de salvación en la nueva condición filial.

Los cristianos llaman a la Eucaristía «la mesa del Kyrios», de aquel que es el Señor de la historia. La Eucaristía es el sacramento de la venida prometida: «Me voy y vuelvo a vosotros» (Jn 14, 18.28).(...) La Eucaristía hace repercutir en la comunidad el juicio final pronunciado en la pascua de Jesús; perdona los pecados (Mt 26, 28), justificando al hombre que en la fe se abre a «Cristo resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 25); condena a los que, participando en el

<sup>39</sup> “La Eucaristía es el símbolo real de ese Cristo pascual, lugar de reunión y cena festiva. Por eso mismo es comunión. Como banquete, lo mismo que como presencia y sacrificio, la Eucaristía encuentra su explicación en ese misterio del que es la manifestación en este mundo” (F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 66).

<sup>40</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 67.

<sup>41</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 68.

banquete, se cierran al don eucarístico y «comen (de este modo) su propia condenación» (1 Cor 11, 29-34). Agrupa a los fieles en el hoy pascual en el que Dios pronuncia: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy» (Hech 13, 33); incorporados al Hijo en el instante de su filiación, «se atreven a decir: ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!». Y entonces comprenden aquella palabra: «El que coma este pan vivirá para siempre» (Jn 6, 50); creen en la vida eterna porque han roto ya el vínculo de la muerte y viven en el encuentro del porvenir al que Dios los ha llamado, en la comunión del Hijo (1 Cor 1, 7-9).<sup>42</sup>

Esta irrupción escatológica transforma las ofrendas de pan y vino, transforma también el banquete y la comunidad que se reúne. “Se come al estilo del cielo, en donde el banquete es una mutua comunión de las personas. La comunidad entera queda escatologizada, convirtiéndose en el cuerpo de Cristo; nacen hombres de su cabeza del futuro, de esa cabeza que es Cristo”.<sup>43</sup> Pero además la presencia de la escatología proclama la resurrección y la vida de Jesús en su misma muerte en la cual culmina su existencia humana. Y por tanto hay una continuidad entre esta realidad y la escatología, este mundo se cumple y se supera en el futuro, y la irrupción de la escatología no vacía sino plenifica a los hombres y las cosas. “Esto significa también... que el mundo de muerte ya no se vuelve, cerrado, fatal, desesperado, sobre sí mismo, sino que la resurrección final, la de Cristo, se instala en él y lo empapa por completo. La Eucaristía es la celebración de una esperanza cósmica”.<sup>44</sup>

La comunidad que celebra y entra en comunión con el Señor resucitado expresa allí su misterio. “Aquí está la cumbre de la evangelización, del perdón de los pecados, del encuentro parusiaco; aquí la iglesia es realmente cuerpo de Cristo, distinta del mundo y en el corazón del mundo, juntamente con Cristo; aquí encontramos todo el misterio de la iglesia en su visibilidad, su símbolo de plenitud”.<sup>45</sup> Por tanto no se puede disociar, en esta celebración la participación del sacerdote y la de los laicos. Es cierto que la función sacerdotal es distinta a la de los fieles, ya que actúa en nombre de Cristo y por medio de él. Por su ministerio, entonces, la Iglesia recibe su principio como cuerpo del Señor. Pero es toda la Iglesia la que celebra, y al distinguir las diversas funciones no es para poner uno enfrente del otro, sino para unir.<sup>46</sup> Tanto el sacerdote como la asamblea celebran la

<sup>42</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 68-69.

<sup>43</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 69.

<sup>44</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 70.

<sup>45</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 128.

<sup>46</sup> “Así pues, la función del sacerdote es de una enorme complejidad. El se encuentra al principio de todo: en su celebración de la Eucaristía, él reúne a la iglesia. Pero es también él, en dicha acción, el símbolo de la iglesia, lo cual significa que también ella es principio. Es la

Eucaristía en comunión con Cristo, y como una llamada a la más plena unión y a la santidad.

## 2. Los rasgos eucarísticos de la Iglesia

Del mismo modo que la Eucaristía, también la Iglesia tiene su fundamento en el misterio pascual. Y el punto de contacto central está justamente en la celebración eucarística. “Haciendo la Eucaristía la iglesia se realiza a sí misma; el misterio pascual en su celebración terrenal es el mismo que el de la iglesia”.<sup>47</sup> Veremos ahora alguna de las características eclesiales, examinándolas siempre en su referencia a la Eucaristía. Porque este es el sacramento del Señor resucitado, y también el sacramento de la Iglesia. “La Eucaristía... es la visibilidad del Cristo que se resucita a sí mismo y bajo forma de iglesia”.<sup>48</sup> Completamos esta presentación con una reflexión que hace Durrwell en su última obra como aporte a una eclesiología de comunión.<sup>49</sup>

### 2.1. Iglesia, cuerpo de Cristo

Este carácter de la Iglesia como cuerpo de Cristo es fundamental, y a él hemos hecho referencia continuamente. Lo retomamos ahora para examinarlo en toda su profundidad, y para explicitar las consecuencias de la comunión eucarística en y para este cuerpo. Porque ciertamente el punto de partida está en la Eucaristía. “La asamblea se hace a sí misma Eucaristía, se convierte en cuerpo de Cristo, cuando celebra la Eucaristía”.<sup>50</sup> Y en ella, mediante la acción del Espíritu, los fieles son transformados en una nueva forma pascual, en una entrega y comunión semejante a la de Cristo.<sup>51</sup> Se trata de una santificación

iglesia entera la que da a luz a la iglesia; es toda ella la que hace la Eucaristía. La distinción entre el sacerdote y los laicos sería un abuso si distinguir significase en este caso disociar, poner frente a frente, y no unir”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 129.

<sup>47</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 134.

<sup>48</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 135.

<sup>49</sup> Cfr. F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 103-108.

<sup>50</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, p. 135. DURRWELL recuerda una vez más el precioso texto de Pablo: “«El cáliz de bendición que bendicimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?» (1 Cor 10, 16). Esta fórmula está desbordando sentido; habla de participación en el cuerpo y en la sangre de Cristo, pero también de una comunión de todos entre sí en la participación común de Cristo, de manera que el apóstol puede concluir: «Un solo cuerpo somos» (1 Cor 10, 17)”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 138.

<sup>51</sup> “La Eucaristía proporciona al hombre pecador, cerrado dentro de sí mismo, la gracia que lo salva abriéndolo; le concede ser de una forma nueva, pascual, ser semejante a Cristo que existe en entrega de sí mismo y de comunión. La gracia eucarística es un bien

pero no individual, sino orientada a los demás. La llamamos comunión de los santos: “Los convidados a la Eucaristía quedan santificados haciéndose santos cada uno de ellos para los demás. En la sociedad humana pecadora, reunida a través de la oposición de unos frente a otros, la Eucaristía crea la comunión de los santos”.<sup>52</sup>

Guardadas las debidas proporciones, los fieles se convierten entre sí en aquello que Cristo es para ellos: «espíritus vivificantes», personas entregadas a los demás, irradiación de vida. Sólo el Resucitado es la cabeza del cuerpo entero, la fuente original; pero lo mismo que en todas las cosas Dios es creador de causas, también Cristo concede a sus fieles ser también ellos una fuente para los otros, ya que «como él es, así somos nosotros en este mundo» (1 Jn 4, 17). Negar este efecto eucarístico sería negarle a la iglesia ser el cuerpo de Cristo, ser la que participa en el misterio de Cristo y lo hace presente al mundo. La Eucaristía tiene el poder de cambiar al cristiano «en lo que recibe», en pan de vida, en puro alimento de salvación para los demás. Gracias a la comunión con Cristo, circula entre los comulgantes una recíproca donación de vida; en cada uno de ellos la iglesia es a la vez fraternal y maternal.<sup>53</sup>

Este efecto eucarístico de comunión y salvación se proyecta y extiende, a partir de la Iglesia terrena, en dos direcciones: Hacia la ciudad celestial y hacia el mundo todavía no cristiano.<sup>54</sup> Porque la comunión es ante todo con Cristo, que es el corazón del mundo, su núcleo más profundo, por tanto su efecto lleva a los fieles a interiorizarse en el mundo y a entrar en comunión con todos los hombres. Se pone la base así de una comunión de los santos universal. Y esta comunión con el Señor se realiza en su pascua, por eso el cristiano es un solo cuerpo con él, porque comparte su muerte y resurrección, y de este modo queda incorporado en el acontecimiento de salvación. “La iglesia se convierte de este modo en el mundo en lo que la Eucaristía es en la iglesia y para la iglesia: el sacramento del misterio de la salvación. De este modo la iglesia es al mismo tiempo salvada y salvadora”.<sup>55</sup>

que se posee compartiéndolo; lleva un cuño trinitario y establece en el mundo el régimen de la vida divina”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 138.

<sup>52</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 138.

<sup>53</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 138-139.

<sup>54</sup> “La Eucaristía vincula a la iglesia con esa parte de ella misma en donde se encuentra su centro de gravedad, en donde siglo tras siglo se va almacenando la cosecha de la caridad: la iglesia del cielo. (...) Y al mismo tiempo la iglesia se abre a los hombres lejanos que no la conocen todavía, pero de los que la Eucaristía hace hombres muy cercanos acercando a ellos a sus comulgantes”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 139.

<sup>55</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 139-140.

## 2.2. Iglesia que ama, cree y espera

La Iglesia celebra en la Eucaristía la pascua del Señor, misterio de comunión y de caridad. Así celebra sacramentalmente su vida de amor, de fe y de esperanza.<sup>56</sup> Ante todo en el amor. Porque al comulgar con Cristo en su muerte y en su resurrección, la Iglesia muere con el Señor en la carne, y recibe así la condena de todo egoísmo. A la vez resucita con él en una vida nueva donde reina el espíritu de amor.<sup>57</sup> La Eucaristía es la que regula esa misma caridad: Primero entre los que se unen en torno a la misma mesa. “Pero la comunidad eucarística tiene que preocuparse de todo el que pueda recibir de ella alguna ayuda; los hombres más alejados tienen que entrar también en una «oración universal» y en una caridad activa de la que es ley la comunión, es decir, la obligación de compartir”.<sup>58</sup> De modo que la misma fuerza que reúne a la comunidad del modo más íntimo, la abre al mundo y la universaliza.

La Iglesia vive en la fe, que viene del encuentro y la adhesión al Señor. “La Eucaristía es el sacramento del encuentro y de la acogida, y por tanto de la fe; al entrar en contacto con el cuerpo y con las llagas, el discípulo exclama: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20, 28)”.<sup>59</sup> Se sigue la fuerza para superar la falta de fe, que reciben los discípulos alimentados con el pan de la constancia, y animados así para dar testimonio. Por eso la Eucaristía es lugar privilegiado para la evangelización de los cristianos, desde el momento en que quedan llenos del Espíritu Santo, fuente de fe porque es fuente de comunión, y por tanto el lugar mejor para proclamar y escuchar la palabra. “En el amor del Espíritu es donde Dios engendra a su Hijo, donde pronuncia su palabra; y es en un amor al menos inicial donde el hombre acoge esa palabra. En la Eucaristía que es una comunión, Dios habla y se hace escuchar”.<sup>60</sup>

<sup>56</sup> “En la serie de las tres virtudes suele mencionarse a la esperanza en el último lugar, detrás de la fe que acoge y de la caridad que une a Cristo. Pero las tres tienen que vivir necesariamente unidas. Ninguna puede ser abolida. Todas ellas «permanecen» para siempre (1 Cor 13, 13). Pero «la caridad es la mayor»”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 146.

<sup>57</sup> “La iglesia comulga con Cristo en la muerte «a la carne», esa carne que caracteriza al hombre en sus límites y en el repliegue sobre sí; la Eucaristía inscribe en el corazón del que comulga la condenación de todo egoísmo. Cristo resucita en el Espíritu santo que es una fuerza inmensa de amor... la iglesia eucarística comparte esa vida celestial de Cristo, su banquete en la casa del Padre, en donde reina soberanamente el Espíritu de amor”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 142.

<sup>58</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 142.

<sup>59</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 143.

<sup>60</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 144.

En tercer lugar, la Iglesia vive en la esperanza, que se relaciona especialmente con la dimensión escatológica de la Eucaristía.<sup>61</sup> Sobre todo si la entendemos en su aspecto parusíaco, entonces nos encontramos con una esperanza que nace de la presencia y camina hacia la presencia, porque va de la comunión a la comunión: Desde una Eucaristía que mueve atrayendo hacia un encuentro futuro, hasta la comunión plena y final que se anticipa a su vez en cada Eucaristía.<sup>62</sup> Pero además es el alimento del camino, que despierta el deseo de la Iglesia, mientras la sostiene en su marcha. “Ese pan es también un maná, la fuerza que sostiene el caminar, el viático del éxodo... El camino conduce de la presencia a la presencia, en la fuerza de la presencia. Cristo en su resurrección es el alfa y la omega, y es el camino de la una a la otra”.<sup>63</sup> Así podemos ver cómo la Eucaristía es para la Iglesia alimento de fe, esperanza y caridad. Pero siempre lo hace en un llamado a la comunión en la plenitud que está en la única caridad.

En la Eucaristía que es por entero comunión se anuncia el día en que de las tres virtudes teologales sólo se mencionará a la más grande. La fe seguirá siendo la puerta, pero en adelante estará ya abierta, y a través de ella el hombre pasará por entero a los brazos de Dios. La esperanza, que está siempre comenzando, seguirá tensa hacia adelante, pero ya será una misma cosa con el objeto del deseo. Y la caridad reinará como soberana. Porque ella es la fuente «todo lo cree, todo lo espera» (1 Cor 13, 7)- que lo habrá invadido todo. Es la huella viva del Espíritu que es el inspirador de la fe (1 Cor 12, 3), la certeza y el dinamismo de la esperanza (Rom 5, 5). La Eucaristía es el sacramento de las tres, que son todas ellas comunión y búsqueda de comunión. La Eucaristía demuestra su unidad en la única caridad.<sup>64</sup>

<sup>61</sup> “La Eucaristía es la presencia de la escatología, es el porvenir anticipado en la actualidad de la iglesia. Por esta razón es fuente de esperanza”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 145.

<sup>62</sup> “El punto de partida de la esperanza es la presencia, la posesión actual, el don final recibido de antemano. En su base está una comunión que ya se vive... es la presencia que inquieta, es decir, que despierta el deseo, que pone en marcha, que da la certeza del encuentro futuro.(...) El punto de llegada de la esperanza, el término del deseo, sigue siendo la presencia... el cristiano ha sido «llamado a la comunión del Hijo» (1 Cor 1, 9), esa comunión que se anticipa en la Eucaristía. Nacida de la resurrección de Cristo (1 Pe 1, 3), de su parusía inicial en la iglesia, la esperanza se mueve hacia esa misma resurrección, hacia el mismo encuentro. *Va de la comunión a la comunión*”. F.-X. DURRWELL *La Eucaristía, sacramento pascual*, 145.

<sup>63</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 145-146.

<sup>64</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 146.

### 2.3. Iglesia lavada de sus pecados

La Eucaristía es alimento de santidad y por eso la Iglesia eucarística, al celebrar también es purificada, y esto entendido no en sentido negativo sino positivo. “Dios suprime el pecado cuando cambia el pecador. La iglesia es perdonada en la Eucaristía porque entonces entra en comunión con el Cordero de Dios que es la santidad de Dios en el mundo”.<sup>65</sup> En términos bíblicos, así como el pecado rompe la alianza, en la Eucaristía se celebra la “nueva alianza”, que por lo mismo “quita los pecados del mundo”. Y del mismo modo que el pecado priva al hombre del Espíritu, en la Eucaristía nos encontramos ante el sacramento del Espíritu que remite los pecados.<sup>66</sup>

Conviene precisar: Si bien la Eucaristía es sacramento destinado a la purificación de los pecadores, sin embargo no es el específico de la reconciliación. Pues en cuanto el pecado es negativa de comunión, contradice a la Eucaristía. “La llamada a la conversión precede a la Eucaristía; la celebración empieza escuchando la palabra, poniendo en camino hacia la comunión”.<sup>67</sup> Por lo tanto es necesaria una reconciliación previa a la comunión. Pero también es cierto que hay grados en la conversión, y en ese sentido la Eucaristía puede perdonar los pecados, conduciendo a plenitud la vida del cristiano. “Ella y solamente ella es el sacramento específico de la última conversión, de la última purificación: de la que se realiza en la muerte”.<sup>68</sup>

### 2.4. Iglesia que participa en la salvación del mundo

Una Iglesia llamada a ser eucarística introduce a los hombres en el misterio de la trinidad, un aspecto que veíamos desde diversos ángulos en las páginas anteriores; por otra parte los invita a seguir a Cristo en una vida de perfección evangélica que incluye aspectos como la oración, la pobreza, la obediencia y la virginidad en la consagración al Señor.<sup>69</sup> Pero sobre todo importa ahora sintetizar la participación de la Iglesia en la obra de la salva-

<sup>65</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 149.

<sup>66</sup> “El pecado priva al hombre de la gloria de Dios (Rom 3, 23), lo priva del Espíritu que es la santidad radiante de Dios.(...) Pero en adelante el Espíritu no solamente mora sobre él sino que brota con la sangre de la inmolación. Pues bien, la Eucaristía es el sacramento de ese Cordero y del Espíritu. Por eso la iglesia proclama a su vez mostrando el pan eucarístico: «¡He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!». Lo quita por medio del «Espíritu santo que es la remisión de todos los pecados»”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 150.

<sup>67</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 151.

<sup>68</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 151.

<sup>69</sup> Cfr. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, “Una iglesia evangélica”, 151-153.

ción, cuyo centro es el misterio pascual. Porque la Eucaristía es memorial que el Señor confía a su Iglesia, y ésta, cada vez que lo celebra, pide con insistencia la intervención glorificante del Padre y la llegada del Reino.<sup>70</sup> Y no sólo pide, sino que participa en esa redención.

Cuando la iglesia celebra la Eucaristía, forma un solo cuerpo con aquel de quien se ha dicho: «Dios lo hizo para nosotros... redención» (1 Cor 1, 30); se ve asociada a aquel de quien se ha escrito: «Murió por todos» (2 Cor 5, 15); es asumida en la resurrección que es la fuerza universal de la salvación (Flp 3, 21). Ella es la esposa, la asociada, la comulgante de su Señor en el misterio de la salvación. (...) La obra redentora, realizada por entero por Cristo en su pascua, a la que asocia a su iglesia, es única e indivisible. La diferencia entre Cristo y la iglesia no está en una distribución de los diversos terrenos de actividad, sino en la absoluta prioridad del uno y en la total dependencia de la otra.<sup>71</sup>

Esta relación profunda entre la Eucaristía y el misterio de salvación del mundo se expresa y desarrolla luego en el testimonio y el apostolado. “La Eucaristía es el sacramento de la parusía, el de la venida y el encuentro con Cristo en su resurrección: es el sacramento de los testigos. El que comulga vive en el encuentro, sabe”.<sup>72</sup> Por eso el cristiano es testigo en cuanto mediador de la presencia de Cristo. Y por otra parte el apostolado, que veíamos como medio de expansión del misterio pascual,<sup>73</sup> lo vive también la Iglesia en profundidad, haciéndose prójimo de todos los hombres en la comunión con el Cristo pascual. “La Eucaristía incorpora a los fieles a Cristo en su proximidad universal, en el acontecimiento de la salvación de todos”.<sup>74</sup> Finalmente, la Iglesia participa del misterio de redención con su oración de intercesión por los vivos y los muertos, y su oración de acción de gracias y de alabanza al Padre, modelo de toda oración cristiana.<sup>75</sup>

<sup>70</sup> “La Eucaristía es la llamada insistente a la intervención de Dios para que glorifique a su Hijo, para que llegue el reino. La iglesia la celebra ante todo en favor de su Señor, a fin de que se realice el proyecto mesiánico por el que ha muerto Jesús”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 154.

<sup>71</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 155.

<sup>72</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 156.

<sup>73</sup> Cfr. parte II., sección A., punto 1.

<sup>74</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 158.

<sup>75</sup> “La iglesia eucarística es una reunión de acción de gracias. La iglesia da gracias por los dones recibidos incluso antes de alimentarse de ellos. La Eucaristía es el modelo de la oración cristiana en donde se pide dando gracias por recibir.(...) Porque la oración de la iglesia ha sido ya escuchada de antemano en Jesucristo; la manera de pedir consiste en dar gracias por el don y en abrir la boca para recibir”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 164-165.

## 2.5. El magisterio eucarístico

Un último aspecto que podemos considerar es el que comprende todas las enseñanzas que la Iglesia recibe de la Eucaristía. “Existe en la iglesia un magisterio silencioso, una escuela discreta de inteligencia: la Eucaristía, que «hace a la iglesia», que contribuye a modelar su pensamiento”.<sup>76</sup> Ya que la Eucaristía reconoce al mismo Cristo como su autor, por eso lo hace presente y permite que se lo conozca con verdad y objetividad. Nos ofrece, entonces, una catequesis cristológica, enfocada en el misterio central de la redención. “La Eucaristía, sacramento pascual, ofrece una catequesis pascual”.<sup>77</sup> Y nos recuerda la unidad del misterio de salvación. “La encarnación, la muerte, la resurrección, la venida constituyen el misterio único de aquel «que el Padre consagra y envía al mundo» (Jn 10, 36)”.<sup>78</sup> Por eso es importante que nuestra enseñanza sobre Jesús no se aparte nunca de lo que se celebra en la Eucaristía, en caso contrario será una teología reductora.

En segundo lugar la Eucaristía nos trae una catequesis sobre la Iglesia. Siendo tantos los puntos de contacto entre ambos misterios, no podía ser de otra manera.<sup>79</sup> Sobre todo se encuentra en la Eucaristía la mejor ayuda para comprender la relación entre el Reino y la Iglesia. Porque no se los puede identificar sin más, pero tampoco se los puede disociar. Más bien podemos decir que mientras el Reino es celestial, tanto la Iglesia como la Eucaristía son instituciones de este mundo, pero son a su vez sacramento del Reino y no mera preparación. “La iglesia se constituye y se expresa de la mejor manera posible en la celebración eucarística y entra con el reino en una relación análoga a la de la Eucaristía. La una y la otra son realidades terrenas que contienen el misterio del reino”.<sup>80</sup> Además la Eucaristía, sacramento de comunión, le otorga a la Iglesia su ley fundamental, la ley de la comunión. Esto vale sobre todo para el que preside la celebración, cuya misión es hacer presente a Cristo para que los hombres puedan entrar en comunión con él.<sup>81</sup>

<sup>76</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 167.

<sup>77</sup> “El Cordero pascual se ha convertido él mismo en la remisión de los pecados, en la plenitud del Espíritu; no ha adquirido solamente para los hombres un derecho al reino, sino que se ha hecho él mismo el reino y su acceso a él. La Eucaristía, sacramento pascual, ofrece una catequesis pascual”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 172.

<sup>78</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 172.

<sup>79</sup> “La Eucaristía es un banquete al mismo tiempo terreno y escatológico, una realidad de este mundo y un misterio. Eso es también la iglesia. El sacramento que la funda es igualmente su ilustración”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 176.

<sup>80</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 177.

<sup>81</sup> “Los que presiden... encuentran en la celebración eucarística el modelo del ministerio que les corresponde. En toda su actividad apostólica tienen que buscar la misma finalidad que en el servicio eucarístico: hacer a Cristo presente por medio de la

Otro aspecto que la Iglesia aprende de la Eucaristía se refiere al organismo sacramental en su conjunto, en medio del cual la Eucaristía es el sacramento ejemplar. “Todos los sacramentos contribuyen a construir la iglesia, que es el sacramento fundamental de Cristo. Pero la celebración eucarística es el misterio mismo de la iglesia... Es el sacramento regio, «el santísimo sacramento» en el que los demás convergen y quedan superados”.<sup>82</sup> Por eso la Eucaristía actúa como cima de los demás sacramentos, y los ilumina con su claridad. Así los sacramentos contribuyen a fundar la Iglesia, pero obrando al servicio de la comunión pascual.

La iglesia «es bautizada en Cristo, en un solo cuerpo» (el de Cristo) (Rom 6, 3; 1 Cor 12, 13), en la comunión con su muerte y su resurrección (Rom 6, 3-11; Col 2, 12). En el «bautismo penoso», el de la penitencia, Dios no perdona el pecado ni borrándolo ni olvidándose de él, sino restableciendo o robusteciendo la comunión pascual.(...) Toda celebración penitencial, toda confesión, es pascual, es una comunión en la pascua de Cristo. La ordenación en el ministerio eclesial, mediante los sacramentos de la confirmación y del orden, es una consagración pascual, según aquella frase: «Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo...» (Jn 17, 18s). El matrimonio, que desde los orígenes del mundo anuncia la unión pascual de Cristo y de la iglesia, es un bautismo permanente de los esposos como tales, que les enseña a morir al egoísmo de «la carne» y a vivir en el amor del Espíritu. En la unción de los enfermos el cristiano recibe el Espíritu de purificación y de fortaleza, del que sabemos que brota del costado de Cristo en su pascua (Jn 7, 37-39). Todos los sacramentos se sitúan en el eje eucarístico y celebran, cada uno a su manera, aquello de lo que es plenitud la Eucaristía.<sup>83</sup>

Ya que todos los sacramentos se definen por la comunión pascual, entonces no se superponen uno sobre otro, como pisos sucesivos, sino que todos hacen elevarse a la Iglesia hacia su origen pascual, en una comunión cada vez más profunda con Aquel que es su comienzo y que la atrae como su porvenir. “La Eucaristía, sacramento de plenitud, es muy especialmente sacramento del comienzo escatológico, pero en la plenitud. Por eso mismo se dice que hace a la iglesia. Y también por eso mismo es el sacramento de la muerte cristiana, es decir, del nacimiento

palabra, de la acción y en sus personas, a fin de que los hombres entren en comunión con él”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 177.

<sup>82</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 178.

<sup>83</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 178-179.

total”.<sup>84</sup> Por tanto la muerte del cristiano encuentra un sentido en la Eucaristía, donde deja de ser un sin-sentido para hacerse lugar de presencia y nuevo nacimiento. “La Eucaristía, celebración de la muerte de Cristo y sacramento de la muerte cristiana, es una fiesta de comunión en donde la muerte se celebra con un aire nupcial”.<sup>85</sup> Es en la misma muerte de Cristo, vivida en la Eucaristía, que Cristo y la Iglesia forman un sólo cuerpo. Y esto por acción del Espíritu, que como Espíritu de vida y comunión transforma la muerte en el acto supremo de amor.<sup>86</sup>

Con estos breves párrafos hemos presentado algunas de las enseñanzas de la Eucaristía. Nuestro autor desarrolla todavía algunas más,<sup>87</sup> pero al final reconoce que la lista completa sería muy larga. Pues como sacramento perfecto del Cristo pascual, la Eucaristía lo transparenta en nuestro mundo. Y este misterio es el centro del cristianismo. “Para todo el que quiera comprender mejor el misterio de Cristo o tenga que enseñarlo, la Eucaristía es el libro de ilustración que podrá consultar en cualquier momento”.<sup>88</sup> Queda así demostrado porqué podemos hablar de un verdadero “magisterio eucarístico” tanto para la Iglesia, como para todos los fieles.

## 2.6. Nota para una eclesiología de comunión

Después de exponer estos rasgos eucarísticos de la Iglesia, podemos sumar las reflexiones que nuestro autor expuso con este título, dentro de su última publicación. Se trata de responder a la cuestión de cómo entender que la Iglesia, regida por la única ley del Espíritu Santo, y conformada por miembros que son todos iguales, miembros del único cuerpo de Cristo<sup>89</sup>, pero que al mismo tiempo es una sociedad organizada, una institución.

<sup>84</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 180.

<sup>85</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 188.

<sup>86</sup> “El Espíritu es vida (Rom 8, 2) y comunión (2 Cor 13, 13) y celebra su triunfo en lo que parece que hay de más extraño a la vida y a la comunión: ¡la muerte! De la muerte sufrida, de la ruptura total, hace un acto de libertad, el acto mismo del amor”. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 188.

<sup>87</sup> Por ejemplo: La Eucaristía como acto de fe ejemplar, como enseñanza moral y como tipo de oración, hasta llegar a una luz sobre el mismo Dios. Cfr. F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 181-187, 190-191.

<sup>88</sup> F.-X. DURRWELL, *La Eucaristía, sacramento pascual*, 196.

<sup>89</sup> “Participan todos de la misma gracia y dignidad y del mismo poder: el del Espíritu Santo. No hay, pues, ni superiores ni inferiores; son todos miembros del cuerpo de Cristo animado por el Espíritu Santo” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 103).

La respuesta la encontramos en el contexto de la teología del Misterio Pascual,<sup>90</sup> ya que Jesús no se ausenta, viene a los suyos en su muerte y su resurrección. “No delega unos poderes, se autocomunica, asumiendo a los suyos en su cuerpo entregado y vivificado por el Espíritu Santo”.<sup>91</sup> Por eso la Iglesia es comunidad escatológica, que vive en la tierra, pero en la cual la institución es lo segundo y está al servicio de la comunión. Y esto se hace patente justamente en la Eucaristía.

Ésta -la Eucaristía- presenta el doble aspecto de institución y de misterio, pero con su clara subordinación de lo institucional al misterio de comunión. Los fieles se congregan en torno a la Eucaristía en hora y lugar determinados del tiempo y del espacio. Se ajustan a unos ritos establecidos, y, bajo la presidencia de un miembro de la comunidad, celebran un festín de pan y de vino, «frutos de la tierra y del trabajo de los hombres». Sin lo institucional, no hay ni Eucaristía ni Iglesia de Cristo en la tierra. Pero en la Eucaristía, repetimos, lo institucional es algo subsidiario, vestidura a medida para preparar y expresar el misterio, a fin de realizarse en este mundo la comunión con Cristo y entre los fieles.<sup>92</sup>

Porque, como nos recuerda el Concilio Vaticano II, “Todos tienen en la celebración litúrgica una parte propia, no confusamente, sino cada uno de modo distinto” (LG 11). De este modo se comprende el lugar de los que presiden, cuyo papel es esencial, pero que se sitúan en el corazón de la Iglesia que celebra, y no por encima de ella.<sup>93</sup> Es por ellos que la comunidad actúa en particular *in persona Christi*, por eso sería vano querer celebrar sin su presencia. “Pero su ministerio sacerdotal no los levanta por encima de los demás fieles, ni los sitúa frente a ellos; es ministerio de la Iglesia entera. Y si es distinto del de los demás fieles, lo es en cuanto central y centralizador”.<sup>94</sup>

<sup>90</sup> DURRWELL rechaza una teología juricista de la redención que ocasiona el primado de la institución sobre la comunión: “Tras adquirir con su muerte un tesoro de méritos, Jesús delega sus poderes a unos discípulos que, en su ausencia, gobiernan la Iglesia” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 104).

<sup>91</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 104.

<sup>92</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 104-105.

<sup>93</sup> “Los que presiden se sitúan en el corazón de la Iglesia celebrante, no por encima de ella. En el corazón -decimos- porque su ministerio es el dado por Cristo a la Iglesia para ejercerlo a favor de la misma. Quien quisiera presidir la Eucaristía situándose deliberadamente fuera de la Iglesia, no tendría poder ninguno de consagración del pan y del vino” (F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 105).

<sup>94</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 106.

Por eso el que quiera ejercer un poder de dominación se equivoca sobre el carácter de su autoridad. “El verdadero poder es el amor, misteriosamente actuante en el seno de la Iglesia. (...) Si dentro de esta participación de todos en un mismo poder hay, sí, unas diferencias, no son éstas sino las de los grados de la caridad”.<sup>95</sup> La Iglesia no es mera distribuidora de aquellos méritos que fueron adquiridos por Jesucristo en su muerte con el poder que El le ha delegado, más bien podemos afirmar que es santificadora en cuanto santificada, por la acogida que da a la presencia del Espíritu Santo. “Se puede pensar... que la causalidad que, como conjunto, ejerce la Iglesia respecto a las gracias por ella dispensadas es la causalidad receptiva propia de la fe amante que une con Cristo en su muerte y su resurrección”.<sup>96</sup>

Respondemos así a la pregunta inicial: “En la Iglesia como institución y misterio, corresponde la primacía al misterio, a la maternidad, que es lo propio de la Iglesia entera, a la gracia fraterna y maternal de la comunión de los santos”.<sup>97</sup> Su ley fundamental es el Espíritu Santo, que rige tanto a la Iglesia celeste como a la terrestre. Por lo tanto el ejercicio de la autoridad propia de la institución queda supeditado al misterio del que emana. “Solamente así es cristiana y santificante la autoridad para quienes la ejercen”.<sup>98</sup> Que sólo se logrará en la medida que se pase de una eclesiología de la delegación de poderes y de la jurisdicción a una verdadera eclesiología de comunión con Cristo en el Espíritu Santo.

En el momento de presentar la relación entre la Eucaristía y la Iglesia en forma más sistemática, seguimos el esquema de F.-X. Durrwell, en las tres dimensiones de presencia, sacrificio y comunión. Pues la Eucaristía es ante todo sacramento de la presencia del Señor que resucita como Eucaristía y como Iglesia. Se trata de una presencia dinámica que surge de la donación de sí que el Señor realiza y que llama a la Iglesia a responder, con su vida de amor, fe y esperanza: La Iglesia que en la Eucaristía comulga con Cristo en su muerte, muere al egoísmo y resucita a una vida de amor; en la mesa del altar expresa y alimenta su fe y su impulso evangelizador; de la presencia eucarística del Señor resucitado nace su esperanza, y en ella camina hacia la presencia definitiva, alimentada en el camino por el pan de la esperanza. Todo esto para llegar como meta final a la unidad de la caridad.

La Eucaristía es sacramento de la muerte redentora, ya que Cristo está presente a la comunidad en la actualidad de su sacrificio. La Iglesia ofrece el sacrificio recibéndolo y participa comulgando, ya

<sup>95</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 107.

<sup>96</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 107.

<sup>97</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 107.

<sup>98</sup> F.-X. DURRWELL, *Cristo nuestra Pascua*, 108.

que participa de la muerte de Cristo unida con su resurrección. Por eso en la celebración eucarística la comunidad participa del misterio de salvación, en el memorial del misterio pascual. Y esta participación en la redención la conduce a responder con una vida dedicada al apostolado y el testimonio.

Finalmente recordamos que la Eucaristía es sacramento de comunión, en la celebración que es banquete y sacrificio, dos dimensiones que no deben ser separadas. En esta celebración se anticipa el banquete escatológico, en el cual la Iglesia está llamada a entrar en comunión. Por eso la irrupción escatológica que transforma el pan y el vino, también transforma la comunidad y establece una continuidad entre este mundo y el futuro. El efecto eclesial de la comunión se expresa como comunión de los santos, ya que en ella la comunión y la salvación se extienden hacia todo el mundo, llamado a entrar en comunión; y hacia el cielo, donde se llegará a la más plena comunión. La Iglesia al entrar en esta comunión de santidad es también purificada, y se restablece la alianza rota por el pecado, arribando a la plena reconciliación. El P. Durrwell agrega algunas de las enseñanzas que la Iglesia recibe de la Eucaristía, acerca de Cristo -la unidad del misterio de salvación-, acerca de la misma Iglesia -la relación con el reino y la ley de amor-, acerca de todo el organismo sacramental -desde la Eucaristía que es sacramento ejemplar-. Por eso la celebración de la Eucaristía es la celebración del misterio mismo de la Iglesia. Terminamos con algunas notas de una eclesiología de comunión, desarrollada a partir del misterio pascual y fundada en la celebración de la Eucaristía.

### 3. Conclusión

Nos hemos acercado a través de estos tres artículos al pensamiento del P. F.-X. Durrwell, y de su obra teológica, centrada en torno a la Resurrección de Cristo y su significado para la salvación y para la vida cristiana. Por eso tomamos como línea guía el misterio pascual, para ubicar en torno a él la Iglesia, la Eucaristía y sus mutuas relaciones.

El punto de partida lo pusimos en la obra de salvación, y sobre todo en la pascua de Jesús, en su doble dimensión, escatológica y parusíaca. La Iglesia, como lugar de comunión y participación de los hombres en la salvación, y la Eucaristía, entre los demás medios de salvación, encuentran aquí su origen y su razón de ser. Del mismo modo, al expandirse el misterio pascual hacia la plenitud que vendrá con la resurrección final, lo hace en la Iglesia, por medios como el apostolado y los sacramentos, en especial la Eucaristía.

Colocado así el fundamento del planteo de nuestro autor, veíamos las relaciones entre los dos aspectos de nuestro tema: La Eucaristía

como presencia, sacrificio y comunión, y la Iglesia en sus rasgos eucarísticos principales. Y de nuevo en torno al misterio de la muerte, resurrección y glorificación de Cristo.

Porque la presencia del Señor en la Eucaristía es dinámica y eclesial, ya que El resucita como Eucaristía y como Iglesia. Del mismo modo, tanto el sacrificio como la comunión son inseparables, pues siguen siendo actuales en el Señor resucitado. Y por eso entrando en comunión con El quedamos incorporados al banquete escatológico, del cual participará toda la Iglesia.

En cuanto a la Iglesia, es cuerpo de Cristo porque sus miembros comulgan y se hacen Cuerpo de Cristo, uniéndose con el Señor resucitado. El es el que alimenta la fe, la esperanza y el amor de su cuerpo eclesial en cada celebración eucarística. Por el contacto con el Cordero de Dios, la Iglesia es purificada de sus pecados. Y participando de la salvación, la anuncia y transmite a todos los hombres, con su intercesión y el testimonio de los cristianos convocados al apostolado desde la misma Resurrección del Señor. Finalmente, la Eucaristía es lugar de enseñanza para la Iglesia, sobre todo en la profundización del conocimiento de Cristo, de la misma Iglesia y del organismo sacramental, y fundamento para el desarrollo de una verdadera eclesiología de comunión.

Por todo lo dicho, podemos afirmar que la opción realizada y seguida con fidelidad por Durrwell en torno a la teología del misterio pascual, aunque por momentos resulta excesiva en su repetición, y lo lleva a realizar algunas acentuaciones parciales, resulta una llamada de atención constante a nuestra reflexión teológica que no pierda de vista aquello que debe ser siempre su centro. Y por otra parte sabemos que la dimensión escatológica no ha sido tomada muy en cuenta durante mucho tiempo en el estudio de la Eucaristía, con lo cual la obra de este autor realiza una verdadera misión reparadora. En ese contexto pudimos exponer la relación entre la Eucaristía y la Iglesia, mostrando su constante interacción y referencia, fundamentalmente como ámbito de presencia y acción del Señor resucitado y su potencia salvadora.